

LA VIOLENCIA, QUIEBRA Y FRACASO ANTROPOLÓGICO

“Concebir la lucha entre los hombres como exigencia estructural de la sociedad, no constituye solamente un error óptico-filosófico, sino un DELITO POTENCIAL Y PERMANENTE contra la humanidad”.

“La civilización debe redimirse de la antigua falacia todavía viva y operante: homo homini lupus (el hombre es un lobo para el hombre). Esta falacia funciona desde Caín. El hombre de hoy debe tener la valentía moral y profética de liberarse de esta original ferocidad. De ahora en adelante hay que ver la humanidad, la historia, el trabajo, la política, la cultura, el progreso en función de la Paz.”
(Pablo VI, Mensaje para la jornada de la paz de 1974)

Redactamos este editorial en los días del ahorcamiento de Sadán Hussein que, como era previsible, ha servido para incrementar la mortal violencia de Irak, y del criminal atentado de ETA en el aeropuerto de Barajas; al tiempo que el periódico *The Sunday Times* nos informa de que el Gobierno de Israel está preparado para un ataque nuclear contra las instalaciones iraníes de enriquecimiento de uranio. ¿Cómo no reflexionar sobre la condición violenta del hombre?

Porque demasiada violencia encontramos hoy y a lo largo de la historia humana como para que nosotros ni podamos ni queramos ser tan irresponsables que cerremos los ojos a “la continua guerra que no cesa”. Aparte la especialmente cruenta de Irak, y sin pretensiones de exhaustividad, ahí está hoy el ya endémico conflicto israelo-palestino con sus ramificaciones en el Líbano, Siria y todo el Oriente próximo; ahí está Afganistán, Cachemira, Chechenia, Sri Lanka, Nepal, Indonesia, Filipinas con sus guerras y sus irreductibles guerrillas; ahí está Darfur, Somalia, Uganda, el Congo (que no acaba de cuajar su pacificación), Nigeria, El Sahara Occidental; ahí la eterna guerra civil de Colombia, las insurrecciones en México, el aplastamiento violento de los indígenas en Guatemala, la larvada guerra civil en Haití; ahí están los diversos y variados terrorismos extendidos por todo el mundo y su indiscriminada represión que violenta, a su vez, con alarmante frecuencia los más elementales derechos humanos.

La verdad es que hoy tenemos un mundo en guerra. Pero **lo más grave es descubrir que la guerra**

ha sido una constante a lo largo de la historia de la humanidad. Es cierto que nos hemos quejado y considerado una aberración enseñar la historia de la huma

nidad sólo como una sucesión de guerras. Pero no es menos verdad que el adelanto del conocimiento, de las ciencias y de la técnica ha servido con harta frecuencia a las civilizaciones que las han poseído para dominar violentamente, es decir, por las armas, a quienes tenían menor capacidad y desarrollo. Es más, por paradójico que parezca, la guerra y sus necesidades y exigencias han servido casi siempre de estímulo, cuando no de fin, al desarrollo de la ciencia y la técnica.

Y en las épocas y lugares en que alguna vez se ha vivido en paz, se ha tratado siempre de una “paz armada”. (Por poner un ejemplo de actualidad, véanse los capítulos de la fallida “Constitución Europea” dedicados a la defensa, y no se olvide que dos de sus miembros pertenecen al “selecto” club de los poseedores de armas nucleares). No es por casualidad que la parte del león de los presupuestos de la mayoría de las naciones de hoy se la lleve directa o indirectamente la “defensa”, bien sosteniendo sus ejércitos y cuerpos de seguridad, bien mediante la adquisición y almacenamiento de armas de toda índole, bien mediante la investigación para su perfeccionamiento. De hecho, las civilizaciones han florecido y perdurado en la medida en que se han visto protegidas por poderosos ejércitos. Y cuando las civilizaciones se han extendido, lo han hecho enviando

por delante a sus **“conquistadores”**; no de otra manera se explican los imperios.

Otra observación importante es la constatación de que **cuando se ha querido implantar una “determinada justicia” desde la violencia, el resultado ha sido siempre trágico**. Así todas las religiones se han infligido y se infligen a sí mismas (y a la humanidad) un terrible daño con sus teorías de la “guerra justa” y consecuente justificación de imponer por la fuerza su verdad; y asimismo la pretensión del llamado socialismo real de construir la justicia y la igualdad entre individuos y pueblos con métodos violentos (¡y qué violentos!), lejos de construir la justicia, ha destruido hasta la raíz los gérmenes de auténtica solidaridad que tal vez lo impulsaba, inutilizándolo como instrumento de transformación social.

En este sentido quisiéramos deshacer dos equívocos en relación con la religión y la violencia.

Se defiende por muchos como demostrada la unión entre monoteísmo y violencia. Pero lo cierto es que civilizaciones de religión politeísta, animista, naturalista, etc. también fueron y son violentas. Así los imperios asirio-babilónicos, egipcios, hititas, chinos, indios, japoneses, griegos, romano, inca, etc. etc. Más bien hay que concluir que la aceptación de la violencia como medio de afirmarse a sí mismo y de diferenciarse y defenderse de los demás llevó a las diversas civilizaciones a contaminar y acomodar sus ritos y creencias religiosas en orden a justificar tal aceptación. Creemos sinceramente que es la violencia la que inficiona a la religión y no al revés; si bien es cierto que, una vez inficionada, la religión puede blindar a la violencia en la conciencia de muchos creyentes.

Tampoco es cierto que la Ilustración y el Laicismo, es decir, el desarrollo del conocimiento y del protagonismo de la ciudadanía en los asuntos públicos haya frenado la violencia y las guerras. Desde las guerras de la Revolución Francesa para acá, es decir, durante los siglos XIX y XX, especialmente las guerras de colonización y las dos mundiales, no puede decirse que las motivaciones religiosas tuvie-



ran gran peso, si es que tenían alguno, y, sin embargo, han sido las más crueles de toda la historia de la humanidad. (Dejamos, por supuesto, aparte la singularidad de la guerra civil española, aunque tampoco podemos olvidar el papel jugado por las democracias de entonces así como por Hitler, Stalin o Musolini que, desde luego, ni unas ni otros se movieron impulsados por razones religiosas). Es curioso observar cómo Francia e Inglaterra, dos de las naciones donde más pronto arraigaron la democracia y el poder de la ciudadanía **“necesitaron”** recurrir a la violencia para formar sus imperios coloniales y **“civilizar”** a los pueblos bárbaros.

Atreviéndonos a reflexionar en profundidad sobre la endémica violencia de los humanos, **tal vez sea lícito pensar que ésta (la violencia), y su consecuente: las guerras, sea connatural al mismo ser del hombre**. Y tal vez, por eso, el capitalismo, que se considera a sí mismo como el sistema que mejor se ajusta a la forma de ser de los humanos, en estado puro o sofisticado, considera como inamovible -y su principio básico- la competitividad; que en su pretensión de vencer en lo económico necesita echar mano de las victorias militares para que los no competitivos no se subleven y, más sencillamente, para que no sean competitivos..., hasta que éstos lo logran y entonces cambia el sentido de la violencia.

Y en estas estamos. Todos compitiendo: Norteamericanos, venezolanos, rusos, chinos, brasileños, indios, árabes, judíos, europeos, japoneses, sudafricanos, australianos, etc. etc. Hasta las diversas uniones de naciones (Unión Europea, MERCOSUR, etc.) se llevan a cabo en función de ser eficazmente competitivas. Y mientras tanto, armémonos todos, también en febril competencia, por si acaso.

Si no fuese trágico, podría a más de uno parecer exagerado sarcasmo cuanto llevamos escrito. Pero esta es la realidad que estamos viviendo.

En este empeño por no querer admitir que la violencia (es decir, la voluntad y el empeño de obligar y someter a los demás y a sus bienes a nuestros intereses en contra de su voluntad incluso eliminándolos cuando constituyen un obstáculo) es connatural al ser humano, recurren muchos a explicarlo por los condicionamientos económicos, sociales y políticos en que el hombre vive. Sin embargo, aun reconociendo que, una vez puestas en marcha, las estructuras tienen fuerza para marchar por sí solas y configurar la vida e incluso los pensamientos y deseos humanos, **la verdad es que en el origen de todas ellas (de las diversas estructuras) está la acción y la actuación de personas humanas concretas y determinadas**.

En este sentido decimos que **la violencia es una quiebra y un fracaso antropológico en cuanto que**

es al mismo tiempo síntoma y efecto de que **el hombre no ha sabido situarse en pacífica armonía ni frente a la naturaleza, ni frente a los demás individuos o grupos de su especie ni frente a sí mismo**. Exacerbado en sus deseos se ha enfrentado a la naturaleza para dominarla y a los demás para someterlos, pero, hidrópico de ambición, se ha encarcelado en un individualismo destructivo.

Esa quiebra antropológica le ha llevado en pocos miles de años a poner en riesgo la naturaleza (agotamiento de recursos y cambio climático), la existencia de millones de humanos (hambre y guerras) y su paz interior (insatisfacción existencial: miedo, incomunicación, aturdimiento).

Es lo que los griegos llamaron “hibris”: la voluntad y el empeño de ir más allá de lo que el orden (“cosmos”), es decir, la realidad de las cosas y la propia naturaleza humana, permitían. “Hibris” que siempre terminaba en tragedia personal y colectiva.

Pero volvamos ahora a los textos de Pablo VI que hemos antepuesto como lema: *“Concebir la lucha entre los hombres como exigencia estructural de la sociedad, no constituye solamente un error óptico-filosófico, sino un DELITO POTENCIAL Y PERMANENTE contra la humanidad”*.

Estamos de acuerdo en que estructurar la sociedad desde la lucha entre los hombres, es evidentemente (los hechos lo están demostrando) un camino al mismo tiempo homicida y suicida y aceptarlo o promoverlo deliberadamente un delito permanente (y subrayamos lo de permanente). Es claro que se puede (y debe) concebir la sociedad desde parámetros de fraterna convivencia, y en nuestra revista y asociación, como puede comprobar cualquier lector que nos siga, aparecen como primordial preocupación los aspectos sociales, económicos y políticos, y al estudio y propuesta de otro tipo de sociedad justa y solidaria están orientados nuestros mejores esfuerzos. Pero lo que afirmamos es que, a pesar de todos los modelos de sociedad justa que se han ideado, los hechos han ido por otro camino, y hoy vivimos, socialmente y a escala mundial, en delito permanente contra la humanidad cuya existencia estamos poniendo en riesgo.

¿Qué duda cabe de que, por ejemplo, la concepción de la sociedad humana universal tal cual la propone Juan XXIII en la “Pacem in Terris” es extremadamente lúcida? Pero una de las claves de su concepción, **partiendo de la universal interrelación de pueblos y naciones**, es la necesidad de una autoridad mundial democráticamente elegida; y ahí tenemos a toda la violencia institucional de los llamados en otro tiempo “los cinco grandes” impidiéndolo y aferrándose a su “veto” en todo cuanto hace referen-

cia a la defensa de sus “intereses”, o, más bien, los de sus clases dominantes que se concretan en un pequeño porcentaje de personas concretas dueñas de los resortes del poder, lo que es lo mismo detentadores en exclusiva de la violencia.

En este orden de cosas no nos vale que se arguya con la existencia de naciones que, más o menos, viven en paz y justicia dentro de sus fronteras; mientras sigan necesitando de la fuerza frente a otras naciones a las que quizá -o sin quizá- tratan de forma injusta. Hoy la paz y la justicia o son universales -para todos- o se quedan sin contenido, son falsas. Precisamente **hemos llegado al final de un ciclo evolutivo -la interrelación de todos con todos- donde o la violencia, ejercida a escala universal, destruye toda civilización verdaderamente humana e incluso gran parte o la totalidad de la propia especie -medios hay para ello- o se aborda con total seriedad y responsabilidad cómo salvar -curar- a cada ser humano -y a la humanidad-** de su incapacidad de sintonizar -armonizar- integrándose en paz y alegría con el conjunto de los seres que con ella están no sólo coexistiendo sino “co-siendo”, siendo con él en realidad y vida compartida.

Ello nos lleva a la segunda parte del texto de Pablo VI: *“La civilización debe redimirse de la antigua falacia todavía viva y operante: homo homini lupus. Esta falacia funciona desde Caín. El hombre de hoy debe tener la valentía moral y profética de liberarse de esta original ferocidad. De ahora en adelante hay que ver la humanidad, la historia, el trabajo, la política, la cultura, el progreso en función de la Paz.”*

He aquí la pregunta clave en relación con la “feroz” violencia: **¿falacia o realidad original?**

No es fácil entender que sea simple falacia lo que ha estado vigente desde los orígenes, “desde Caín”. Otra cosa distinta es que hoy la conciencia y “consciencia” humana hayan progresado hasta comprender las universales consecuencias letales de tal ferocidad, y que anhelemos liberarnos de ella. El



problema está en de dónde saca fuerzas la persona humana para esa valentía que se nos pide y que vemos necesaria. **Porque una cosa es comprender con la cabeza y otra distinta la fortaleza de voluntad para seguir los dictámenes de la razón.** Una cosa es “comprender” la maldad de la violencia y otra apechar con las consecuencias de la masedumbre. Y esa es precisamente la quiebra antropológica de que venimos hablando y que ya dos autores de la antigüedad acertaron a definir de una vez por todas. Sentencia Horacio: “Veo lo que es mejor y lo apruebo, pero me inclino a lo peor”, y Pablo de Tarso afirma: “No es el bien que quiero lo que hago, sino el mal que no quiero es lo que hago”.

Sin embargo, a pesar de que la violencia nos brota espontánea, no todo está perdido. Una profunda educación (o reeducación, si se prefiere) de la persona humana puede hacer aflorar los resortes, tal vez adormecidos pero existentes, que fortalezcan su voluntad y, sobre todo, su capacidad de compromiso. ¡Oh, la ascética del compromiso!

No obstante, no vamos a entrar en métodos ni en contenidos. Nos llevaría muy lejos y bastante extenso es ya este editorial. Como se trata de educar personas, solamente señalar las distintas clases de personas que pueden sanar nuestra violencia.

En primer lugar **las víctimas**, las nuestras y las de todos los conflictos. Atrevernos en nuestro interior a mirarlas a la cara y confesarles el porqué de nuestra sinrazón. Pocos ejercicios purifican tanto como examinar nuestro comportamiento y nuestras actitudes a la luz de los daños que podemos infligir o hemos infligido a otros. Benditos, por ello, cuantos se dedican a no dejarnos descansar poniéndonos delante el lado oscuro del comportamiento humano. Ellas, las víctimas, nos hacen comprender que obramos “sin saber lo que hacemos”, nos incitan a pedir perdón y a que mutuamente nos perdonemos. La contemplación de las víctimas en modo alguno puede servir para que endurezcamos nuestro corazón y nos las arrojemos como misiles unos a otros, sino para la recíproca reconciliación.

En segundo lugar, **los testigos** (los mártires). Aquellos que, **ante la inevitabilidad de la violencia, aceptan únicamente la que a ellos se les inflige, sin devolverla jamás.** Ellos hacen como de “agujero negro” que absorbe y hace desaparecer la violencia que los acomete, a ellos y a los inocentes a quienes con su denuncia y su vida protegen. Son ejemplo de valor frente a los violentos. Testifican que se puede vencer el miedo, incluso el de la propia muerte, en aras de la verdad y la justicia más profunda. Saben que sólo entregando su vida la encuentran en la de los demás.

En tercer lugar, **los místicos.** Quienes, profundizando en su propia existencia han sido capaces de salir de sí mismos y han descubierto la unidad y fraternidad de cuanto existe; que la alegría, la paz y la felicidad no están en el enfrentamiento sino en la comunión; que todo es mutua relación; que todo ser tiene consistencia en el Ser y por ello somos parte unos de otros; que ese Ser fundante se comporta como Padre-Madre con todos, estableciendo, por ello, el amor y nunca el odio como norma de comportamiento; que la muerte, de una manera o de otra, está vencida por la inserción de todo ser en el Amor del Padre común, pues en El todo vive; que la persona humana, dotada de inteligencia y libertad, nunca se eleva a tanta perfección como cuando proclama la verdad y belleza de cuanto existe o cuando se postra en adoración y oración ante el misterio de la Realidad que le sobrepasa.

Toda religión auténtica ha tenido en su origen **Testigos Místicos** y se mantiene en la medida en que a lo largo de su existencia los suscita, los escucha y los imita. Pablo VI -no nos cabe duda- habla en el discurso citado como místico y testigo más que como Papa. Si no quiere convertirse en mera ideología y esclerotizarse, la religión ha de ser fiel a su impulso místico inicial.

Por eso, **a la hora de “valorar” una religión hay que acudir a sus místicos y testigos y a la actitud que adopte frente a las víctimas causadas por la violencia y la injusticia.** Pero nunca despreciemos la verdadera religiosidad, que siempre nos abre a la fraternidad y nos hace superarnos a nosotros mismos sin destruirnos. Religiosidad que puede darse hasta en no pocas personas no profesionalmente religiosas. ¿Cómo, si no, explicar el ardor con que muchos militantes a lo largo de la historia se han entregado a la lucha por la justicia sin esperar nada a cambio? Dios es siempre mayor que lo que le confiesen los creyentes, y alienta en quienes ni siquiera saben pronunciar su nombre.

De todas maneras, el reto hoy es crear personas fraternas con fraternidad universal si queremos salvar el mundo. Parece que no sirve el solo conocimiento. Necesitamos corazones nuevos ¿Cómo crearlos?

NOTA FINAL: Cuanto llevamos dicho, no supone en modo alguno que no consideremos de capital importancia el esfuerzo encaminado a la creación de estructuras económicas, sociales, políticas y culturales que favorezcan la instalación de la paz. Lo que afirmamos es, sólo pero tampoco menos, que la violencia tiene sus raíces en el mismo ser humano y, por tanto, es a cada persona humana a la que hay que sanar, si queremos que haya suficientes constructores de la paz.